

**Lila**  
**Una indagación sobre la moral**

ROBERT M. PIRSIG

**Lila**  
**Una indagación sobre la moral**

ROBERT M. PIRSIG

TRADUCCIÓN DE CATALINA MARTÍNEZ MUÑOZ



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original  
*Lila. An Inquiry Into Morals*

Copyright © Robert M. Pirsig, 1991, 2006

Primera edición en español: 2009

Traducción  
CATALINA MARTÍNEZ MUÑOZ

Fotografía de portada  
MIREIA SENTÍS

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2008  
San Miguel # 36  
Colonia Barrio San Lucas  
Coyoacán, 04030  
México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
c/ Monte Esquinza 13, 4.º Dcha.  
28010, Madrid, España.

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGÓ

ISBN: 978-84-96867-53-6  
Depósito legal: M-31178-2009

Impreso en España

# ÍNDICE

Primera parte	11
Segunda parte	249
Tercera parte	353

*Para Wendy y Nell*

## PRIMERA PARTE

Lila no sabía que él estaba allí. Dormía profundamente, y al parecer estaba teniendo una pesadilla. La oyó rechinar los dientes en la oscuridad y se volvió bruscamente, en combate contra alguna amenaza visible sólo para ella.

La tenue luz que entraba por la escotilla abierta ocultaba las líneas de la edad y el maquillaje, y era dulce, como un ángel, como una niña de pelo rubio, amplios pómulos y nariz respingona: un rostro infantil y común, tan familiar que suscitaba un afecto natural. Él tenía la sensación de que, al llegar la mañana, ella abriría de pronto sus ojos azul cielo, centelleantes de ilusión ante la perspectiva de un nuevo día de sol, de padres sonrientes, tal vez de beicon friéndose en la cocina y de felicidad por todas partes.

No sería así. Al abrir los ojos, resacosa y aturdida, lo que Lila vería serían los rasgos de un hombre canoso al que no recordada: un hombre al que había conocido en un bar la noche anterior. El dolor de cabeza y las náuseas le producirían ciertos remordimientos y un ligero desprecio de sí misma, aunque no demasiado, pensó él—ya había pasado por esto muchas veces—, y, lentamente, sopesaría cómo regresar a la vida que llevaba antes de conocerlo.

Lila murmuró en sueños algo parecido a «¡Cuidado!». Pronunció después una frase ininteligible, dio media vuelta y se cubrió la cabeza con la manta, tal vez para protegerse de la fría brisa que entraba por la escotilla. La litera del velero era tan estrecha que, al moverse, el cuerpo de Lila volvió a rozarse con el cuerpo de él, que lo sintió en toda su longitud y tibieza. La abrazó sintiendo que despertaba su deseo, y posó una mano en su pecho: redondo aunque demasiado

blando, como un fruto que ha madurado en exceso y no tardará en pudrirse.

Quiso despertarla para tomarla otra vez, pero un sentimiento de tristeza se lo impidió. Cuanto más vacilaba más triste se sentía. Deseaba conocerla mejor. Toda la noche tuvo la sensación de que la había visto en alguna parte, hacía mucho tiempo.

Fue esta idea la que lo desencadenó todo. La tristeza se apoderó de él por completo, mezclándose con la oscuridad del camarote y la pálida luz azul índigo de la escotilla. Allí estaban las estrellas, enmarcadas por la abertura de la ventana de tal modo que parecían moverse con el balanceo del barco. Un fragmento de Orión desapareció un momento y apareció de nuevo. No tardarían en regresar las demás constelaciones del invierno.

Resonaban con claridad en el aire nocturno y frío los coches que cruzaban un puente a cierta distancia. Se dirigían a Kingston, a algún lugar en la cima de los acantilados, sobre el río Hudson. El velero, rumbo al sur, había atracado en una cala minúscula para pasar la noche.

No disponía de mucho tiempo. Apenas quedaban hojas en los árboles que bordeaban el río. Muchas ya habían caído. Rachas de viento helado habían barrido el valle desde el norte en los últimos días, retorciendo las hojas hasta desprenderlas de sus ramas y produciendo repentinas espirales rojas, granates, doradas y marrones sobre la corriente, en la ruta del barco, en su avance por el canal señalado con boyas. Navegaban muy pocos barcos en esa época del año. Algunos, amarrados en los muelles que jalonaban la orilla, parecían tristes y abandonados, ahora que el verano había concluido y sus propietarios regresaban a otras actividades. Bandadas de patos y de gansos surcaban el cielo en V, empujados por el viento del norte desde el ártico canadiense. Muchos debían de ser polluelos cuando iniciaron el viaje desde el lago Superior, a más de mil quinientos kilómetros de allí, y parecía que desde entonces habían transcurrido mil años.

No disponía de mucho tiempo. El día anterior, cuando subió a cubierta por la mañana, resbaló, se incorporó y vio entonces que el velero estaba cubierto de hielo.

Fedro se preguntaba dónde había visto a Lila; no lograba recordarlo. Sin embargo, estaba seguro de que la conocía. Y también de que era otoño cuando la vio. Era noviembre y hacía mucho frío. Recordó el tranvía casi vacío: sólo él, el conductor, Lila y su amiga, sentadas tres filas más atrás. Los asientos eran de ratán amarillo, duro y resistente, pensados para durar muchos años, aunque poco después los tranvías fueron sustituidos por los autobuses, y desaparecieron, con sus cables y sus rieles.

Recordaba que había visto tres películas seguidas, había fumado demasiado, le dolía mucho la cabeza y aún le quedaba media hora de traqueteo antes de bajar del tranvía y una manzana y media de oscuridad hasta llegar a casa, donde se tomaría una aspirina y esperaría otra hora y media hasta que el dolor desapareciera. Oyó que las chicas se reían y se volvió a mirarlas. Se reían de él. Tenía la nariz muy grande, y mala facha, y no resultaba agradable; no se relacionaba bien con los demás. La chica de la izquierda, la que más se reía, era Lila. Exactamente la misma cara: el pelo dorado, la piel suave y los ojos azules; reprimía una sonrisa con la que tal vez intentaba disimular por qué se estaba riendo. Las chicas se apearon un par de manzanas más adelante, sin dejar de hablar y de reírse.

Al cabo de unos meses, volvió a verla en el centro de la ciudad, en hora punta, entre la multitud. Todo ocurrió en un instante. Ella volvió la cabeza y él vio en su gesto que lo había reconocido, y tuvo la impresión de que se detenía, a la espera de que él hiciera algo, de que dijera algo. Pero él no actuó. No tenía habilidad para relacionarse con los demás; cuando quiso reaccionar ya era demasiado tarde, y cada uno siguió su camino, aunque él pasó un buen rato preguntándose esa tarde, y muchos días después, quién era ella y qué habría ocurrido si se hubiera acercado y le hubiese hablado. El verano siguiente creyó verla otra vez en una playa, al sur de la ciudad. Estaba tumbada en la arena, y él la vio del revés al pasar y se puso muy nervioso. Esta vez tenía que actuar; reunió todo su valor, regresó y se detuvo en la arena, a los pies de ella, pero al mirarla desde esta posición

comprobó que no era Lila. Era otra persona. Se entristeció mucho. Por aquel entonces no tenía a nadie.

Pero de eso hacía mucho tiempo... muchos años. Ella habría cambiado. No era posible que se tratara de la misma persona. Y en todo caso él no la conocía. ¿Qué importaba? ¿Por qué recordaba un incidente tan nimio después de tantos años?

Pensó en lo extrañas que eran esas imágenes casi olvidadas, como las escenas de un sueño. La mujer que dormía a su lado y a la que había conocido esa misma noche también era otra persona. O no era precisamente otra persona, pero era alguien menos específico, menos individual. Está, por un lado, Lila, esa persona única e individual que ahora duerme a su lado, que ha nacido y ahora vive y se agita en sueños y que no tardará en morir, y está esa otra persona —llamémosla *lila*—, que es inmortal, que habita de manera temporal dentro de Lila y luego se marcha. La Lila durmiente a la que ha conocido esa misma noche. Pero la *lila* vigilante, la que nunca duerme, lo ha estado observando, y él la ha estado observando a ella un buen rato.

Era muy extraño. Mientras él navegaba por el canal, esclusa tras esclusa, ella hacía el mismo viaje, sin que él lo supiera. Tal vez la hubiera visto en la esclusa de Troy, la hubiese mirado en la oscuridad sin llegar a verla bien. Su carta de navegación mostraba una sucesión de compuertas muy próximas, pero no indicaba la altitud, ni lo confusas que pueden ser las cosas cuando se calculan mal las distancias y uno va con retraso y está agotado. No cayó en la cuenta del peligro hasta que intentó sortear las luces verdes, las luces rojas, las luces blancas, las luces de las viviendas de los vigilantes de las esclusas, las luces de los barcos con los que se cruzaba, las luces de los puentes y los contrafuertes, y Dios sabe cuántas más cosas en esa negra oscuridad que intentaba esquivar o rodear. No las había visto nunca y pasó momentos de gran tensión. Fue en medio de esta tensión cuando le pareció recordar que la había visto en otro barco.

Descendían desde el cielo. No diez o veinte o treinta metros, sino más de cien metros. Los barcos bajaban del cielo en mitad de la noche, donde habían pasado mucho tiempo sin

saberlo. Cuando se abrió la última compuerta de la última esclusa, se encontraron en un río oscuro y aceitoso. Discurría entre una gigantesca construcción de pilares hacia una luz que surgía en la distancia. Eso era Troy, y hacia allí dirigía su velero hasta que se vio atrapado en un remolino, en la confluencia de los ríos, y el barco empezó a dar guiñadas. Con el motor a toda máquina, atravesó la corriente en diagonal hasta una esclusa flotante al otro lado.

—La marea sube hasta doce metros —le dijo el vigilante de la esclusa.

«¡Mareas!», pensó. Eso significaba que se encontraba al nivel del mar. Significaba que todas las esclusas construidas por el hombre concluían allí. En lo sucesivo, sólo el tránsito de la luna sobre el océano gobernaría el ascenso y el descenso del barco. Esta sensación de estar conectado al mar sin ningún tipo de barreras le produjo una nueva percepción del espacio durante todo el viaje hasta Kingston.

El espacio era la razón de su viaje y era lo que esa noche intentaba explicarles a Rigel y a Capella en el bar de la esclusa. Rigel parecía cansado, preocupado y distraído, pero Bill Capella, que era su tripulante, se mostraba entusiasmado y sabía de lo que le hablaban.

—Como esa vez en Oswego —dijo Capella—, cuando estábamos esperando a que abrieran las compuertas, lamentándonos porque no podíamos continuar, y al final lo pasamos en grande.

Fedro había conocido a Rigel y a Capella cuando las lluvias de un huracán en el mes de septiembre produjeron una inundación que reventó los muros, sumergió las boyas y arrastró tantos residuos que el canal estuvo cerrado dos semanas. Los barcos que bajaban desde los Grandes Lagos tuvieron que amarrar, y la tripulación se encontró de brazos cruzados. De pronto se creó un espacio en las vidas de todos. Se abrió una brecha de tiempo. Al principio, la reacción general fue de frustración. Quedarse allí sin hacer nada era terrible. Los regatistas, que hasta entonces habían estado muy ocupados con la navegación y no se molestaban en hablar con nadie, se sentaban a charlar

en la cubierta de sus barcos, día tras día, a falta de algo mejor. No hablaban superficialmente. Hablaban en profundidad. Todo el mundo empezó a ir de barco en barco. En todas partes se celebraban fiestas simultáneas que duraban la noche entera. Los lugareños se interesaron por los barcos detenidos y algunos hicieron amistad con los marineros. No superficialmente. En profundidad. Y se celebraron más fiestas.

Y fue así como esta catástrofe, este desastre del que al principio todos se lamentaron, resultó finalmente tal como decía Capella. Lo pasaron en grande. Y lo que les hacía tan felices era el espacio.

La taberna donde se encontraban Rigel, Capella y Fedro estaba casi vacía. Era un local pequeño, con varias mesas de billar en un extremo, una barra en el centro, enfrente de la puerta, y un montón de mesas destartaladas en la zona donde estaban ellos. Carecía por completo de estilo. Y sin embargo resultaba agradable. No invadía el espacio de nadie. Era un bar sencillo y sin pretensiones.

—Yo creo que es por el espacio —le dijo a Rigel.

—¿A qué te refieres? —preguntó Rigel.

—¿El espacio?

Rigel lo miró entrecerrando los ojos. A pesar de su alegre camisa de rayas y su gorro de marinero, parecía triste por algo que no contaba. Tal vez porque el objetivo de aquel viaje era vender su barco en Connecticut.

Para no provocar discusiones, Fedro le había dicho a Rigel con aire pensativo:

—Yo creo que lo que hacemos con los barcos es comprar espacio, nada, vacío... gigantescas extensiones de mar abierto... y de tiempo libre... Eso vale un montón de dinero. Ya no se encuentra fácilmente.

—Basta con encerrarse en una habitación —replicó Rigel.

—Eso no funciona —respondió Fedro—. Siempre suena el teléfono.

—No contestes.

—Los de ups llaman a la puerta.

—¿Con cuánta frecuencia? No tienes por qué abrir.

Rigel tenía ganas de discutir por cualquier cosa. Capella intervino por pura diversión.

—Ya los atenderán los vecinos.

—Los niños vuelven a casa y encienden la tele.

—Les dices que la apaguen —dijo Capella.

—Para eso hay que salir de la habitación.

—Pues los ignoras —insistió Capella.

—Vale, sí, de acuerdo. Pero, ¿qué le pasa a alguien que se encierra en una habitación, no contesta el teléfono, se niega a abrir la puerta cuando llaman y ni siquiera sale cuando los niños vuelven a casa y encienden la tele?

Reflexionaron unos momentos y terminaron por sonreír.

Cuando entraron en el bar, el camarero parecía muerto de aburrimiento. Apenas tenía trabajo. En el rato que llevaban allí habían llegado cuatro o cinco clientes y el camarero estaba charlando con dos de ellos que parecían habituales, relajados y acostumbrados al local. Otros dos cogieron unos tacos de billar, al parecer de unas mesas en una sala contigua.

—No hay espacio —insistió Rigel. Seguía con ganas de discutir—. Si fueras de aquí lo sabrías.

—¿Qué quieres decir?

—Aquí no hay espacio —repitió—. Todo está cargado de historia. Todo está muerto, pero si conocieras esta región comprenderías que aquí no hay espacio. Está llena de viejos secretos. Aquí todo el mundo oculta algo.

—¿Qué secretos? —preguntó Fedro.

—Nada es lo que parece —dijo Rigel.

—Este río en el que estamos, ¿sabes a dónde lleva? ¿No creerás que recorre sólo unos cientos de metros hasta dar la vuelta allí, verdad? ¿Hasta dónde crees que podrías llegar por este pequeño río?

Fedro supuso que unos 35 kilómetros.

Rigel sonrió.

—Antiguamente no terminaba nunca. Llegaba hasta el Atlántico. La gente ya no lo sabe. Rodea todo el estado de Nueva

Jersey. Antes estaba unido a un canal que cruzaba las montañas y bajaba hasta Delaware. Traían el carbón en barcazas desde Pennsylvania. Mi abuelo trabajaba en el negocio. Tenía dinero invertido en un montón de negocios. Le iba muy bien.

—Entonces tu familia es de por aquí —dijo Fedro.

—Desde después de la revolución —respondió Rigel—. No se movieron hasta hace unos treinta años.

Fedro esperaba que Rigel continuara, pero no dijo nada más.

Entró una ráfaga de aire frío al abrirse la puerta para dar paso a un grupo numeroso. Uno de ellos saludó a Rigel con la mano. Rigel respondió con un movimiento de cabeza.

—¿Lo conoces? —preguntó Fedro.

—Es de Toronto —dijo Rigel.

—¿Quién es?

—He competido con él. Son todos canadienses. Siempre vienen en esta época del año.

Uno de los canadienses llevaba un jersey rojo, otro una gorra de visera azul marino, ladeada, y el tercero una cazadora verde claro. Su comportamiento denotaba que se conocían muy bien, pero no conocían el lugar. Tenían esa exuberancia de quien pasa mucho tiempo al aire libre, como un equipo de hockey.

Fedro recordó entonces que los había visto antes, en Oswego, en un barco grande de nombre *Karma*, y parecían un clan muy cerrado.

—Da la impresión de que esto no les interesa gran cosa —dijo Capella.

—Sólo quieren llegar al sur —respondió Rigel.

—Pero hay algo especial en ellos —insistió Capella—. Como si desaprobaran lo que ven.

—Pues yo apruebo su desaprobación —dijo Rigel.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Capella.

—Son gente moral. No nos vendría mal tomar ejemplo.

Uno de los canadienses estudió la lista de canciones de la máquina de discos y apretó unos botones. Las luces se encendieron y empezaron a dar vueltas por todo el local.

La música sonó como una bofetada. El volumen estaba demasiado alto. Fedro intentaba decirle algo a Capella. Capella hizo bocina con la mano en la oreja y se echó a reír. Fedro levantó las manos con gesto de impotencia y los dos se recostaron en sus asientos y se concentraron en su cerveza.

Había llegado otro grupo, y el bar empezaba a estar muy concurrido. Parecía gente de la zona, pero se mezclaba bien con los marineros, como si estuvieran acostumbrados a coincidir. Entre la cerveza, el ruido y la cordialidad de los desconocidos, aquello empezaba a parecer un antro de primera. Fedro se limitó a beber, escuchar y observar las manchas de luz de una especie de bola de discoteca que colgaba del techo sobre la máquina de discos.

Se dejó llevar por sus pensamientos. Pensaba en lo que había dicho Rigel. La costa este *era* un país diferente. La diferencia no era fácil de percibir: más que verse se sentía.

Parte de la arquitectura del valle del Hudson tenía un toque «Ives y Currier», de principios del siglo XIX; producía una sensación de vida tranquila, decente y ordenada, anterior a la revolución industrial. Minnesota, de donde era Fedro, nunca fue así. Allí tenían bosques, indios y cabañas de madera.

Viajar por las vías fluviales de Estados Unidos era como retroceder en el tiempo y contemplar el pasado. Fedro estaba siguiendo las viejas rutas comerciales anteriores a la llegada del ferrocarril. Era increíble lo idénticas que seguían siendo algunas zonas del río a como las mostraba la antigua escuela de pintura del Hudson, con sus maravillosos bosques y sus montañas lejanas.

A medida que avanzaba hacia el sur, fue detectando un mayor grado de estructura social, especialmente en las mansiones, cada vez más numerosas. La arquitectura se alejaba progresivamente del estilo imperante en la frontera. Se acercaba progresivamente al estilo europeo.

Dos de los canadienses, un hombre y una mujer, estaban tan pegados el uno al otro que no cabía entre ellos un abrecartas. Cesó la música, y Fedro se volvió a mirar a sus amigos. El hombre

tenía una mano en el muslo de la mujer, que sonreía y bebía como si nada.

Fedro le dijo a Rigel:

—¿Ésa es la gente moral de la que hablabas?

Capella se echó a reír.

Rigel los miró un momento y frunció el ceño.

—Los hay de dos tipos. Unos desaprueban este país por toda la basura que contiene, y a otros les encanta precisamente por la misma razón.

Señaló con la cabeza al hombre y a la mujer, y estaba a punto de añadir algo cuando la música volvió a sonar y las luces se encendieron. Lanzó las manos al aire, Capella se rió, y los tres se recostaron de nuevo.

Al cabo de un rato empezó a hacer frío. La puerta estaba abierta. Una mujer peinaba el bar desde el umbral con la mirada, como si buscara a alguien.

Alguien gritó:

—¡CIERRA LA PUERTA!

La mujer y Rigel se miraron un buen rato. Dio la impresión de que era a él a quien buscaba, pero después siguió mirando.

—¡CIERRA LA PUERTA! —volvió a gritar una voz.

—Te están hablando, Lila —dijo Rigel.

La mujer al parecer había encontrado a quien buscaba, porque su expresión cambió de repente y se volvió furiosa. Cerró de un portazo.

—¿Así te vale? —gritó.

Rigel la miró sin mostrar ninguna emoción y se volvió a sus compañeros de mesa.

La música se detuvo. Fedro hizo un guiño y dijo:

—¿Ésa es de las que adoran nuestro país?

—No, ni siquiera es canadiense —respondió Rigel.

—¿Quién es? —preguntó Fedro.

Rigel no contestó.

—¿De dónde es?

—No te mezcles con ella —dijo Rigel.

Recibieron otra bofetada de ruido.

«¡DATE UN RESPIRO...!» bramaba la canción.

Las luces de colores volvieron a iluminar el bar.

«¡VAYÁMONOS JUNTOS...!»

«¡TÚ Y YO...!»

Capella levantó una cerveza con gesto interrogante, para saber si alguien quería otra. Fedro asintió y Capella se acercó a la barra.

«Y HAGAMOS ESO...»

«Y HAGAMOS ESO...»

«QUE TANTO NOS GUSTA...»

Rigel dijo algo, pero Fedro no oía nada. El canadiense de la mano larga bailaba con su amiga. Se quedó un rato observándolos, y como cabe imaginar, parecían encantados.

«UN POCO DE BAILE...»

«UN POCO DE AMOR...»

«VEN ESTA NOCHE...»

«VEN ESTA NOCHE...»

Sensual. Pequeñas oleadas de música. Un sermón del gueto negro.

Se fijó en Lila, que estaba sola en la barra. Había algo en ella que llamó su atención. Sexo, probablemente.

Usaba cosméticos baratos; el pelo rubio teñido, las uñas rojas, nada original, salvo que todo parecía clasificado X. No hacía falta pensarlo dos veces para saber, nada más verla, qué era lo que mejor se le daba. Pero había algo casi explosivo en su expresión.

Se detuvo la música, y el canadiense sexy volvió de la pista de baile con su chica. Al ver a Lila casi se pararon en seco; después se acercaron despacio hasta la barra. Lila les dijo algo y las tres personas que estaban con ellos se quedaron tiesas. El canadiense miró alrededor, con gesto de pánico. Dejó de abrazar a la chica y se volvió hacia Lila. Debía de ser él a quien ella buscaba. Él le dijo algo, ella respondió, él asintió y volvió a asentir. Acto seguido, el canadiense y la otra mujer intercambiaron una mirada y se apartaron de Lila sin decir nada. Los otros tres reanudaron la conversación.

Fedro empezaba a acusar el efecto de la cerveza. Y al mismo tiempo, sentía una extraña lucidez.

Estudió un poco más a Lila: tenía las piernas cruzadas y la falda no le llegaba a la rodilla. Caderas anchas. Blusa de raso, con cuello en V, ceñida bajo un cinturón. Costaba apartar la vista de la línea del escote. Exhibía una vulgaridad desafiante, a lo Mae West. Se parecía un poco a Mae West. «Ven y haz algo, si te atreves», parecía decir.

Fedro tuvo una secuencia mental de imágenes clasificadas X. La vulgaridad no ayuda a aplacar el mecanismo que desencadena este tipo de impulsos. Su sistema endocrino se desató por completo. Lleva mucho tiempo navegando solo.

«UN POCO DE BAILE...»

«UN POCO DE AMOR...»

«VEN ESTA NOCHE...»

«VEN ESTA NOCHE...»

—¿La *conoces*? —le preguntó a Rigel, levantando la voz.

Rigel negó con la cabeza.

—¡No te *mezcles* con ella!

—¿De dónde es?

—¡De las *cloacas*!

Rigel lo miró, entornando los ojos. Estaba dando muchos consejos esa noche.

La puerta se abrió, dando paso a más gente. Capella regresó con un cargamento de latas de cerveza.

«UN POCO DE BAILE...»

«UN POCO DE AMOR...»

Le gritó a Fedro al oído:

—¡¡¡HEMOS ELEGIDO UN BAR BONITO, TRANQUILO Y ELEGANTE!!!

Fedro asintió y sonrió.

Vio que Lila hablaba con otro hombre y éste le respondía con familiaridad, pero los demás mantenían las distancias y parecían en guardia.

«UN POCO DE BAILE...»

«UN POCO DE AMOR...»

«VEN ESTA NOCHE...»

«¡VEN ESTA NOCHE...!»

«¡VEN ESTA NOCHE...!»

Fedro no sabía si sería capaz de acercarse a hablar con ella.

«¡BABY!»

El deseo era irresistible.

Se tomó su tiempo y se bebió la cerveza. La relajación del alcohol y la tensión anticipada por lo que estaba a punto de ocurrir se compensaban la una a la otra en un equilibrio que parecía una sobriedad de piedra, pero que no lo era. La estuvo observando mucho rato, y ella sabía que la estaba observando, y él sabía que ella sabía que él lo sabía, como ese túnel de imágenes que se obtiene al enfrentar dos espejos, en el que las imágenes parecen repetirse hasta el infinito.

Cogió su lata de cerveza y se acercó a la barra.

El olor del perfume de Lila se imponía al del tabaco y el alcohol.

Al cabo de un rato ella se volvió a mirarlo. La cara era como una máscara, con tanto maquillaje, aunque esbozó una leve sonrisa que denotaba placer, como si llevara mucho tiempo esperando ese momento.

—¿De qué te conozco? —preguntó.

Un cliché, pensó Fedro, pero estas cosas tenían su protocolo. Sí. «¿De qué te conozco?». Intentó recordar el protocolo. Se sentía oxidado. Según el protocolo había que hablar de los lugares en los que podrían haberse visto y de las personas a las que uno conoce en esos lugares. Esto supuestamente da pie a otros temas de conversación progresivamente más íntimos. Fedro intentaba recordar algunos lugares posibles, la miró y, ¡Dios mío!, era ella, era la chica del tranvía, y le estaba preguntando: «¿De qué te conozco?». Y ahí empezó la iluminación.

Era más intensa en el centro del rostro de Lila, pero no procedía *de* su rostro. Era como si su rostro estuviese en el centro de una pantalla, iluminado desde atrás.

¡Dios mío! Era *ella*. Después de tantos años.

—¿Viajas en barco? —preguntó Lila.

Fedro asintió.

—¿Estás con Richard Rigel?

—¿Lo conoces? —dijo él.

—Conozco a mucha gente.

El camarero les llevó las cervezas que acababan de pedir, y Fedro pagó.

—¿Trabajas para Richard?

—No, mi barco chocó con el suyo. Esto está imposible, con tantos barcos bajando a la vez.

*¿Dónde has estado todo este tiempo?*, quiso decir, pero ella no sabría de qué le hablaba. *¿Por qué te alejaste entre la multitud esa vez? ¿También te estabas riendo de mí?* Barcos. Tenía que hablar de barcos.

—Venimos juntos desde Oswego —dijo.

—En ese caso puede que te haya visto allí.

*Me viste antes de eso*, pensó, pero la iluminación había desaparecido y la voz de Lila no sonaba como él la había imaginado, y de pronto le pareció una extraña, como todo el mundo.

—A Richard lo vi en Roma y en Amsterdam, pero a ti no.

—No salía con él. Me quedaba en el barco.

—¿Navegas solo?

—Sí.

Lo miró con aire interrogante y dijo:

—Invítame a tu mesa.

Y en voz más alta, para que los demás pudieran oírla, añadió:

—¡No soporto la mierda de este bar! —Pero los dos a quienes iba dirigida esta frase se miraron con expresión cómplice sin volverse hacia Lila.

Rigel se había marchado cuando se acercaron a la mesa, pero Capella saludó a Lila con entusiasmo y ella le dirigió una gran sonrisa.

—¿Qué tal, Bill?

Capella respondió que bien.

—¿Dónde está Richard? —preguntó.

—Jugando al billar —dijo Capella.

Lila miró a Fedro y dijo:

—Richard es un viejo amigo.

Hubo un silencio, al comprobar que él no contestaba.

Lila preguntó entonces hasta dónde se proponía llegar.

Fedro dijo que aún no estaba seguro.

Le preguntó de dónde era, y Fedro dijo que del medio oeste. A ella no pareció interesarle demasiado.

Le contó que una vez había visto allí a alguien que se parecía mucho a ella, pero Lila dijo que nunca había estado allí.

—Hay mucha gente que se parece a mí.

Al cabo de un rato, Capella se levantó y fue a la barra.

Fedro se quedó a solas con Lila, enfrentado a una especie de vacío. Tenía que decir algo, pero no sabía de qué hablar. Notaba que ella también empezaba a aburrirse. Empezaba a caer en la cuenta de que él no era su «tipo», aunque la cerveza ayudaba un poco. Borraba las diferencias. Con la cantidad de cerveza suficiente, todo quedaba reducido a pura biología, tal como debía ser.

Un poco después Lila le pidió que bailaran. Él no quiso y siguieron sentados. El canadiense alto y su amiga volvieron a ocupar la pista. Bailaban bien. Se compenetraban. Fedro miró a Lila y detectó en ella la misma expresión que tenía cuando entró en el bar.

Esa mirada furiosa.

—¡Ese hijo de perra! —dijo— *vino* conmigo. ¡Me *invitó* a este viaje! Y ahora está con *ella*. Eso me *mata*.

Volvió a sonar la música y las luces empezaron a girar. Lila miró a Fedro de un modo extraño. Fue solo una mirada, y el haz de luz no tardó en pasar de largo, pero justo en ese instante Fedro pudo ver lo preciosos que eran sus ojos azules. No cuadraban con su manera de hablar ni con el resto de su persona. Eran raros. Sin recuerdos. Como los ojos de un niño.

Vaciaron las latas de cerveza y Fedro se ofreció a traer más, pero Lila dijo:

—Vamos a bailar.

—No sé bailar.

—Eso no importa. Haz lo que te apetezca. Yo te sigo.

Fedro así lo hizo. Lila lo siguió. Y se quedó muy sorprendido. Se convirtieron en una especie de remolino. Daban vueltas y vueltas con las luces, y se metían cada vez más en el movimiento.

—Bailas mejor de lo que creías —señaló Lila. Y era cierto.

«VEN ESTA NOCHE...»

«VEN ESTA NOCHE...»

Fedro era consciente de que la gente los miraba, pero él sólo veía a Lila y las luces, dando vueltas y más vueltas.

Vueltas y más vueltas. Vueltas y más vueltas: rojo, azul, rosa, naranja y dorado. Las luces recorrían el bar, se movían por el techo, y unas veces iluminaban la cara de Lila y otras veces los ojos de Fedro: rojo, rosa y dorado.

Un poco de baile...

Un poco de amor...

Ven esta noche...

Ven esta noche...

Las dudas se esfumaron, y la cerveza, la música y el perfume de Lila lo ocuparon todo, y sus ojos azules miraron con esa expresión extraña: ¿eres tú? Y él no paraba de decirle mentalmente: «Sí, soy yo», y la respuesta descendió muy despacio por sus brazos, llegó hasta sus manos, en contacto con el cuerpo de Lila, y entró en ella, y ella lo sintió, y empezó a olvidarse de su rabia y empezó a olvidarse de la torpeza de Fedro.

Un poco de baile...

Un poco de amor...

Ven esta noche...

Ven esta noche...

El canadiense se acercó en una ocasión e intentó separarlos.

Lila le dijo: «Piérdete», y Fedro supo lo bien que se sentía Lila; lo notó en su cuerpo. A partir de ese momento los dos supieron que habían firmado un pacto, al menos por esa noche, y pensar más allá era ir demasiado lejos.

Fedro apenas recordaba cómo había regresado al barco con Lila. Sólo conservaba el recuerdo de la música y aquellos ojos azules interrogantes, y el recuerdo de cómo la abrazó en la

litera del camarote, con todas sus fuerzas, como si se ahogara, como si intentara salvar su vida.

*Un poco de baile...*  
*Un poco de amor...*  
*Ven esta noche...*  
*Ven esta noche...*  
*Empezaba a tener sueño.*

Le pareció muy raro. Tantas tretas y trucos y frases y promesas para llevárselas a la cama, tanto esfuerzo para nada. Y de pronto aparece alguien como *ella* y uno se despierta a su lado sin esforzarse apenas.

No tiene el menor sentido, pensó, adormilado... ningún sentido. Y la canción no dejaba de sonar en su cabeza... una y otra vez, hasta que se quedó dormido.

*Un poco de baile...*  
*Un poco de amor...*  
*Ven esta noche...*  
*Ven esta noche...*